

A fondo

La bogotana Luisa Fernanda Trujillo es poeta, ensayista y docente. Ha publicado tres libros y su último lanzamiento fue 'En tierra, el pájaro olvida cantar', en la editorial italiana Raffaelli Editore (2017), traducido por Emilio Coco. FOTO: ARCHIVO PERSONAL



H

Hace apenas 10 años, con motivo de la publicación de su libro de poesía, *De soslayo, prendada* (2010), hizo su primera aparición en público la poeta Luisa Fernanda Trujillo Amaya. Desde entonces, sin contar las apariciones en antologías dentro y fuera del país, ha publicado tres volúmenes más: *Trazo en sesgo la noche* ('Un libro por centavos', U. Externado de Colombia, 2012), *En tierra, el pájaro olvida cantar* (con el sello Raffaelli Editore, Roma) y la traducción de este por Emilio Coco (2017), y *Mío per sempre mai*, edición bilingüe italiano-español (en Giuliano Ladolfi Editore, 2019).

Su poesía sigue circulando por todas las vías y formatos. Y acá nos habla de sus orígenes, de su visión del mundo, de la peste, del cáncer, de la vida y de la muerte. Luisa Fernanda Trujillo, además de poeta, ha sido periodista, profesora y ensayista. Estos son algunos temas y otras preguntas contestadas por ella, en plena pandemia.

Del nacimiento

Nací en Bogotá, en medio de la compulsión de los cambios sociales que demandó en el mundo la generación de los años 60.

El surgimiento poético

Lo relacionaría con el proceso consciente de poetizar la realidad. Fue en mi adolescencia, cuando inicié un diálogo con el contexto en que he vivido. Tuve la fortuna de tener extraordinarios maestros y maestras de literatura en la secundaria, que me acercaron a los grandes poetas españoles del Siglo de Oro y más tarde a los de la generación del 27. De igual manera, mi madre, de vocación maestra, me acercó desde muy niña a las primeras lecturas de Juan Ramón Jiménez, y mi padre, buen lector, a la poesía latinoamericana del momento. Esas lecturas hicieron que descubriera en mí la posibilidad de tocar las cuerdas sensibles de la realidad objetual.

La adolescencia

Estuvo marcada por una visión un tanto ecléctica del mundo formada por los alcances de los medios de comunicación de entonces y por la música. Cuando atrapo recuerdos de aquel entonces me veo a mí misma como una joven niña con los ojos abiertos, reverberando la vida en la profunda transparencia de su iris, capturando, como un radar, cuanta información le llegaba de todo tipo. Fueron los años en que hice conciencia de que mi vida transcurriría alejada de los caminos impuestos por el *statu quo* del momento y transitaría los desvíos que me llevarían a evadir fronteras, muros y vacíos. Tal vez de allí venga mi temor a las alturas y a viajar en avión.

¿Cómo se hace para vencer la muerte una y otra vez? ¿Se necesita ser poeta?

No sé de ningún poeta, ni siquiera místico, que la haya vencido. La muerte, como el nacer, son los dos acontecimientos más contundentes de la historia de las especies vivas, de las cuales los humanos no podemos abstraernos.

Me impresiona cómo sobrevaleoramos la guerra por encima de la muerte misma, del nacimiento mismo. He convivido con la muerte desde muy temprana edad. He visto caer en un sucederse interminable amigos y conocidos asesinados en el contexto de la violencia de este país.

Mi mirada poética delata la visión de la escritura desde esos bordes; el de la vida y el de la muerte, donde la voz poética entreteje sus devenires en un quehacer dialéctico. Es sabido que en los últimos

años he atravesado por dos tipos de cáncer; un tema, el de la enfermedad, asociado al de la muerte. Un tema que aún continúa siendo abordado con cierto tabú y rodeado de cierta mitología. Vivir la enfermedad ha reafirmado mi visión sobre la vida y la muerte como dos halos que me han rodeado siempre, visibles y manifiestos al momento de la quietud que nos otorga la dificultad. La enfermedad es ese campo que se abre paso en el cuerpo y propicia el diálogo directo e íntimo entre la vida y la muerte. Prefiero verla como un visitante que me da la oportunidad de conversar. Hace 4 años inicié una conversación con ella que aún no he terminado.

¿Cómo llegó, si ya era un poco tarde, a escribir, de nuevo, poesía? ¿Qué motivó el nuevo impulso?

Solemos pensar que se 'llega tarde' a algo, en este caso a escribir poesía, bajo la influencia errada del calendario.

Siempre se llega a tiempo. Empecé a escribir desde muy joven, pero solo fui consciente de que lo que escribía podía ser publicable ya siendo adulta. La escritura de poesía la siento como una respuesta que no responde propiamente a los 'impulsos', es decir, a los factores externos. Yo pensaría que responde más a las pulsiones, a la necesidad intrínseca e individual que hace de la palabra una explosión. Lo otro son las motivaciones. En mi caso, las motivaciones se encuentran en mi devenir diario, en el diálogo que asumo con los sucesos y los acontecimientos que dejan ver las fisuras entre lo personal, lo individual y lo colectivo.

¿Los libros que surgieron desde ese renacer

‘Hace 4 años inicié una conversación con la muerte que aún no he terminado’

Luisa Fernanda Trujillo habla de su poesía, su trayectoria y de la enfermedad, un cáncer, con el que lucha y que ha reafirmado su visión de la vida.

ISAÍAS PEÑA GUTIÉRREZ - PARA EL TIEMPO

“

La enfermedad es ese campo

que se abre paso en el cuerpo y propicia el diálogo directo e íntimo entre la vida y la muerte”.

aparecieron en algún orden predeterminado? O ¿fue un poco al azar? ¿Cuáles fueron esos títulos?

No sé qué tanto el azar pudo intervenir. Prefiero pensar en una serie de confluencias. Una vez publicado mi primer libro se suceden y precipitan una serie de encuentros con escritores, poetas, editores y con el mundo digital.

Desde el 2009 había abierto una cuenta en Facebook, en la que cada semana escribía y publicaba un poema. Las personas en las redes comenzaron a leer los poemas, a comentarlos y a compartirlos. La divulgación en línea de mis poemas, sumada a la aparición del primer libro, *De soslayo, prendada*, en el 2010, me llevó a recibir propuestas editoriales para la publicación de mi poesía. Fue el caso de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, que me invitó en el 2011 a hacer parte de la colección 'Un libro por centavos', con una antología personal que lleva por título *Trazo en sesgo la noche*, publicada en el 2012. Un ejemplar de ese libro lo entre-

gué al poeta, traductor e hispanista italiano Emilio Coco, con la sorpresa, para fortuna mía, que le gustó mi poesía.

Un año después de haberle entregado el libro me propuso traducirme al italiano y publicarme una antología personal en la colección de poesía latinoamericana de la cual él es traductor y curador. Un libro que sale a la luz en el 2017, en Italia, con el título *En tierra, el pájaro olvida cantar*, y que sería el inicio de un diálogo con el mundo poético y editorial en Italia.

En el 2018, Emilio Coco me propuso hacer una antología que reuniera los poemas de amor en un solo libro, que se publica a mediados del 2019 en edición bilingüe (italiano-español), con el título *Mi por siempre jamás*, bajo el sello editorial de Giuliano Ladolfi, en Roma, por el momento, mi más reciente libro publicado.

¿Llegó a la poesía en el mejor momento?

Me cuesta un poco identificar cuál puede ser el mejor momento para algo. Lo que podría decir es que el haber tomado la decisión, ya en edad adulta, de dedicarme a la poesía definitivamente marcó mi vida en un antes y un después. Un antes que se caracterizó por búsquedas y un después que se ha caracterizado por encuentros.

¿Tiene un poema, de los suyos, preferido? ¿Y un poema de otro autor?

Elegir a partir de la exclusión ha sido muy difícil en mí. Sueño con el día en que se elimine la conjunción 'o', excluyente en sí misma, y solo quede la conjunción 'y', incluyente en sí misma. Nombraré dos poemas que no los catalogaría necesariamente como mis preferidos, pero sí son dos poemas que por

estos días tienen una gran significación para mí. El primero, de mi autoría, *Si no hubiera guerra*. Y, de otro autor..., podría ser el poema *Educación para el tiempo libre*, de la poeta escocesa-irlandesa Carol Ann Duffy. Una poeta a la que admiro y que, debo reconocer, ejerce una gran influencia sobre mi escritura.

¿La síntesis del poema o la expansión del narrador? ¿Con cuál te quedas?

Me quedo con la síntesis, sea en poesía o narrativa. Es más, en algunos de mis poemas donde acudo a ciertos giros heredados de la narrativa, los utilizo siempre de forma sugerente y sintética.

¿El poeta de afuera requiere herramientas diferentes al de adentro? ¿Las pequeñas batallas, o la tirantez de la noche oscura?

Asumir el ejercicio poético implica de herramientas para su desarrollo, pero, ante todo, de la disposición a la observación, a la lectura e interpretación de los acontecimientos; de una depurada sensibilidad y de un depurado bagaje cultural. Es a partir de esa simbiosis que puede surgir un buen poema, independientemente del tema del que trate, del estilo, de la extensión o de las circunstancias en que fue escrito.

Ahora que la estamos viviendo, ¿la peste es otra manera de vivir y de convivir con la muerte? ¿Cómo la ha vivido una poeta vecina de ella?

La peste y el cáncer son dos formas diferentes de resignificar la enfermedad, la muerte. La peste se transmite por contagio, el cáncer no. En el caso del cáncer es el organismo de cada persona el que lo produce.

La pandemia, al darse por contagio, hace que los vínculos entre las personas afloren, que cada persona se piense en colectivo, que se vea reflejada en la fragilidad del otro u otra, y se piense en la proximidad de la muerte como un destino común. Los hace sentir exonerados de culpa.

En el caso del cáncer, el sentido de colectividad está ausente. Hay frente al cáncer una lectura social, prejuiciosa, desde la culpa, el señalamiento 'usted se lo produjo'.

Ese señalamiento hace que el acercamiento a la muerte tenga un componente individual y único: soy yo, en soledad, definiendo mi forma de morir, sin colectivo.